

## HERMENEUTICA BIBLICA Y PSICOLOGIA PROFUNDA. UNA PROPUESTA DE E. DREWERMANN

S. CASTRO

Facultad de Teología. UPCO (Madrid)

E. DREWERMANN, *Psicología del profundo e esegesi 1. Sogno, mito, fiaba, saga e legenda*, Brescia, Editrice Queriniana, 1996, 494 pp., 25 × 16 cm.

Uno de los aspectos más candentes de las ciencias del espíritu es el de su interpretación o hermenéutica. En concreto, en el campo de la Teología, en el que evidentemente se incluye la Sagrada Escritura, resulta el punto crucial, sujeto en la modernidad a múltiples debates. La hermenéutica bíblica prácticamente lleva un siglo de permanente actualidad. No hace mucho se pronunciaba la Comisión Bíblica sobre este tema con un Documento que venía avalado por el mismo Papa. En este Documento se asumen con espíritu abierto gran parte de los métodos que los biblistas de diversas tendencias venían aplicando en la interpretación de la Escritura, se describen los métodos y en ocasiones se manifiestan algunas reservas, no al método como tal, sino a los presupuestos filosóficos con que pudiera ser aplicado. Hay que reconocer que este Documento marca un hito en la postura de la Iglesia en lo que respecta a la hermenéutica bíblica y es de justicia reconocer que satisface las exigencias de quienes ya los venían utilizando por su cuenta, sintiéndose así respaldados en su tarea.

Drewermann nos va a ofrecer una perspectiva nueva de acceso a la Escritura: su comprensión de la misma desde la psicología profunda. Piensa que la interpretación de la Biblia, realizada mediante los métodos histórico críticos es superficial y, por consiguiente, no alcanza lo más íntimo de ella. Por eso inicia su argumentación con un ataque frontal contra ellos. Es cierto que quizá un análisis tan detallado y profundo como el que él nos presenta nunca se había realizado, pero la lectura de la Biblia en la Iglesia de la modernidad no se ha verificado sólo desde esos presupuestos como parece deja sobrentender el autor. Y no es exacto tampoco cuanto dice en la

página 31, que la Iglesia Católica prohibió la investigación libre sobre el origen histórico de los escritos bíblicos.

De todas formas, la Comisión Bíblica aludiendo a la perspectiva psicológica, dice: «Psicología y teología nunca han dejado de estar en diálogo una con otra. Los estudios de psicología y psicoanálisis aportan a la exégesis bíblica un enriquecimiento porque gracias a ellos los textos de la Biblia pueden ser comprendidos mejor en cuanto experiencia de vida y reglas de comportamientos. La religión, como se sabe, está siempre en una situación de debate con el inconsciente» (Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, Roma, Libreria Editrice Vaticana, 1993, pp. 55-56).

Drewermann, por su parte, estampa, apenas comienza su estudio, las siguientes afirmaciones de gran calado, que nos presentan ya desde el umbral de su investigación el enemigo a abatir: «Este libro se ha escrito porque en la interpretación de la Biblia —y otros varios campos de la Teología— no se puede seguir como hasta ahora. Que el método histórico crítico no sea ni pueda ser un método teológico de hermenéutica bíblica lo saben todos, pero se hace muy poco por superar la unilateralidad de este método» (p. 21). Llega hasta afirmar que el método histórico crítico es ateo (pp. 8 y 10). Es que no alcanza el núcleo de la palabra ni de la experiencia, quedándose en el contexto. En esto estoy totalmente de acuerdo con él, así como que la interpretación de la palabra inspirada está necesitando de la experiencia. De modo que sus pretensiones están totalmente justificadas, porque hasta ahora, si es cierto que se han dado algunos conatos de comprensión de la Escritura desde la experiencia religiosa o mística, no han sido muy bien acogidos por los biblistas profesionales, quienes en su gran mayoría ni siquiera se han atrevido a aplicar el símbolo literario, que en gran medida está conexionado con el psicológico. Hoy es impensable acceder a la Escritura si no se tiene en cuenta la simbología literaria, puesto que los libros bíblicos están escritos en esta clave; con lo que se nos está insinuando que se sitúan más allá de la pura historicidad. De todos modos, los métodos histórico críticos y los redaccionales (ambos parece que nuestro autor los engloba con la nomenclatura de los primeros), son imprescindibles para un primer acceso al texto. Habría que añadir que el método redaccional además de imprescindible es necesario para la captación del mensaje, aunque ese mensaje después deba someterse a otros criterios para su clarificación plena. Las pretensiones del autor son fundamentales para la intelección del libro.

Dicho esto, queda, sin embargo, en pie la necesidad de la ayuda de la psicología profunda para la captación integral de la palabra.

Pero antes de dar mi juicio sobre la obra, voy a tratar de sintetizar en unas cuantas líneas este larguísimo libro. No podré descender a múltiples detalles. Quiero señalar de entrada que las numerosas cuestiones que implica un estudio de este tipo están amplia y profundamente tratadas.

Una vez más, Drewermann da muestras de su profundidad de reflexión y de ingente cultura, pues maneja con admirable maestría numerosos géneros de la literatura universal combinándolos para descubrir en ellos los trasfondos y raíces comunes. Aquí se pueden encontrar principios hermenéuticos no sólo para la Biblia, sino también para otros libros profanos que intenten exponer las vicisitudes de la vida humana más allá de la historia e incluso para los propiamente históricos. Podemos decir que esta obra estudia la interpretación de la vida desde la experiencia de lo profundo, desde el inconsciente, que se revela sobre todo en los sueños, que a su vez se hacen manifiestos en los mitos, las sagas, las fábulas y las leyendas.

Drewermann se sumerge en lo más hondo del hombre, allí donde en los estados inconscientes se revela su problema y su mismo ser. Si se logra descubrir esta reali-



dad que se filtra a través del sueño, piensa que muchos enigmas de la Biblia se esclarecerán porque no son más que derivaciones de ese conflicto que anida en el lo más recóndito del yo del hombre. Urge, pues, ahondar en la psique humana. La Biblia es un libro que está orientado a la salvación y ésta no se da si no se resuelve la contradicción que se oculta en lo profundo del yo y que es lícito pensar que es una de sus realidades constituyentes.

Entrar en la psique humana supone una verdadera proeza. Sólo se puede llegar a ella a través de aquello que aparece menos consciente, para contemplarla antes de que tome partido. Se revela sobre todo en el sentimiento, que es algo más espontáneo y visceral que el raciocinio. Ya los filósofos y teólogos del Romanticismo habían acudido aquí cansados de la vieja diosa razón que había convertido la teología en una ciencia que hablaba poco al hombre y no revelaba mucho del Dios de la existencia. Los grandes exegetas de la Biblia del último siglo que aplicaron para su interpretación las diversas teorías literarias descubrieron en ella la existencia de mitos, leyendas y otros géneros no clasificados como historia, pero se quedaron ahí, tratando de rastrear qué contenido histórico o impulso comprobable por ese método podría esconderse bajo esa forma, que explicaban como una derivación cultural. No dieron el paso al trasfondo psicológico e individual que pudiera ser el origen de ese modo de expresar el hecho religioso. Explicaron el símbolo como historicización de determinadas ideas teológicas, pero nada más. De todas formas, sus hallazgos nos resultaron muy útiles, pues dejaron preparado el terreno para desde ahí proyectar nuestra mirada al sentido que esos géneros puedan representar para lo más hondo del espíritu humano.

Hay que ir más allá del componente sociológico de las formas no históricas e incluso históricas, pues los hechos «puramente históricos» pueden hallar un sustrato en el yo humano que les explique mejor que una mera consideración de los mismos desde los parámetros de puros sucesos. La llave para descubrir los arquetipos subyacentes en nuestro yo nos la brindan, como hemos dicho, los sueños. En la Biblia los sueños pueden tener una función literaria y en ese caso no nos conducen a lo profundo del ser. Solamente cuando reflejan imágenes existentes en otras religiones pueden ser consideradas como objeto de estudio.

El autor hace aquí un análisis casi exhaustivo del sueño desde todas sus vertientes. Pero el objeto fundamental del mismo es que produce la autocuración de las contradicciones internas del yo que los estados conscientes no sólo no logran, sino que en muchos casos aumentan o camuflan. Las imágenes del sueño nos pueden dar a entender el problema que aqueja a quien lo padece. Como los mitos se alimentan de los sueños, recurriendo a los mitos y otros géneros literarios no históricos de otras religiones podemos individualizar el sentido de las imágenes, que se van repitiendo a lo largo de los tiempos y que al ser las mismas nos dan a entender que no se generan en su núcleo por el ámbito sociológico, sino que son inherentes al yo que las sufre.

Una vez llegados aquí, ahora se procede a determinar las características de los diversos géneros literarios no históricos, como son el mito, la fábula, la saga y la leyenda con respecto a los sueños donde se originan. Aquí el autor hace alarde de sus grandes conocimientos. Pasa después a determinar la raíz de los sueños. Según Freud a quien Drewermann no sigue, no se identifica el inconsciente con el material psíquico ocultado. Considera más bien los elementos manifestados en el sueño como algo impropio, que debe ser sustituido por otra realidad. El sueño entra al servicio del Super-Yo y tiene como objeto ocultar las pulsiones originarias a los ojos de la conciencia. Los símbolos oníricos se reducen a determinados deseos infantiles o primitivos. Para él la religión es la expresión del apagamiento simbólico de los deseos. Viene a coincidir con la visión marxista de la misma.

Jung, en cambio, mantiene una opinión contraria. Decíamos que para Freud en el fondo del hombre no existían más que pulsiones reprimidas, Jung, sin embargo, admite contenidos que no pueden expresarse racionalmente. En el sueño el soñador se contempla a sí mismo. En las acciones y en las imágenes es su psique personal la que se representa. Jung supone la existencia de arquetipos reductibles a lo psicológico con lo que se hace posible el proceso de individuación.

Bajo el influjo de la filosofía existencialista de Heidegger, Boss intenta interpretar el sueño desde un punto de vista fenomenológico, superando la separación entre consciente e inconsciente. Los sueños no se refieren a pulsiones controladas o a arquetipos inconscientes, sino a lo profundo del ser, en el que se revela el sentido de la existencia. Drewermann es más partidario de esta última interpretación, aunque admite que en la práctica todas se complementan y desde ellas se puede dar respuesta a los interrogantes que nos plantean los géneros literarios no históricos.

La clave para llegar a lo más hondo del ser se halla, pues, en los sueños. Los sueños muchas veces se repiten durante la misma noche. Estas repeticiones siempre se refieren al mismo núcleo problemático. De esta comprobación se infiere que se pueden establecer algunas normas para clarificar el sentido del arquetipo. A ello dedica nuestro autor bastantes páginas. No podemos entrar aquí a juzgarlas; digamos solamente que en este punto no todos los psicólogos opinan de la misma manera. Después de dar este paso, el siguiente se refiere a establecer la relación entre arquetipo e historia. En la configuración de ésta las raíces individuales gozan de prevalencia frente a las sociales y lo psicológico frente a lo sociológico en la exégesis cristiana. Es que los arquetipos remiten a una realidad biológica, no cultural. El estudio del arquetipo como expresión de la historia nos hace desembocar en el tema de la así llamada personalidad corporativa, que desde el análisis de la profundidad se revela no como el resultado de un comportamiento de tipo histórico, sino que remonta su estructuración al tiempo en que la conciencia participaba más de lo universal de la especie y del mismo género de los seres vivos cuando todavía no había despertado a lo individual. Por tanto, es de suma importancia para la exégesis, ya que en la Biblia esa personalidad corporativa aparece en no pocos lugares explícitamente, siendo incluso su verdadero transfondo de comprensión. También la Biblia en la época de Ezequiel pasó de un determinado sentido corporativista al individual, pero permaneciendo siempre en ella la comprensión personalista de la realidad.

Pudiera objetarse que con esta metodología la historia queda profundamente infravalorada, ya que parece que sólo se pretende descubrir en todas sus fases las ideas o experiencias subjetivas. El autor no está de acuerdo con esa suposición; por el contrario, cree que se descubre el verdadero sentido de la misma.

Y a continuación, se nos ofrecen una serie de reglas para interpretar cada uno de los géneros, productos del sueño, con objeto de determinar su contenido más auténtico; proponiéndonos en seguida una serie de temas bíblicos interpretados desde estas coordenadas.

¿Qué decir de la propuesta de Drewermann? Es cierto que la interpretación bíblica está exigiendo una lectura psicológica. Es impensable acercarse a los textos sagrados sin entrar en la interioridad de los escritores, que generalmente son hombres de profundas experiencias. La Historia de la redacción pretendía descubrir la intención del autor, pero esa intención ciertamente va más allá de lo que se puede dejar percibir por el tenor de la obra. Hay que captar su psicología existencial. Pues bien, este aspecto queda totalmente olvidado por Drewermann, que quiere ir más allá todavía en busca de los arquetipos, que por definición son inconscientes.



Creo que primero debemos descubrir la intención más honda del autor. Un libro es algo muy complejo en el que intervienen muchos factores y los niveles de comunicabilidad son muchos, pero ciertamente uno de ellos es aquello que el autor ha querido expresar. Debajo de esa pretensión se pueden esconder otras, pero la primera es la intentada por el autor. Qué diría Drewermann si estudiáramos su obra, sus pretensiones, desde los arquetipos que le mueven. Indudablemente nos encontraríamos con un confusionismo grande, que imposibilitaría la comprensión de su libro.

Drewermann a lo largo del estudio ha silenciado la experiencia mística. ¿Cómo es posible que un autor que quiere moverse en las zonas de la profundidad no tenga en cuenta esta forma de percepción existencial en la que lo religioso se muestra en su máxima intensidad? En el místico se da esa cercanía que nuestro autor pretende salvar entre lo inconsciente y lo consciente. Y también el místico ha alcanzado la libertad y ha vencido la angustia que atenaza a todo hombre. Creo que es una laguna este olvido de la experiencia religiosa. El haberla tenido en cuenta le hubiera ayudado a clarificar esos estados preconscientes que se canalizan después en géneros literarios no históricos.

Por otra parte, las teorías de tipo psicológico de Drewermann son muy problemáticas; no todos los autores están de acuerdo con ellas y en muchos casos sus afirmaciones se basan en suposiciones no en pruebas. Esto puede detectarse sobre todo cuando analiza los sueños. No es fácil descubrir su significado y no siempre remiten a conflictos generados en la propia profundidad. En muchos casos parece que tiene razón Freud. De todas formas, nos encontramos con una plataforma muy débil. Hubiera sido mejor acudir a la psicología profunda que se percibe en los místicos.

Pero observo otro defecto de máxima gravedad en la obra: el dar por seguro que los mitos y otros fenómenos similares surgen de los conflictos del yo. No se habla para nada de la experiencia del Inefable, que trasciende todo conocimiento y que no puede ser transmitida en forma historizada ni en discurso lógico. Ya sé que nuestro autor no niega esta experiencia, sino que pretende hacernos ver que queda canalizada por los conflictos más profundos del espíritu, y que aflora al nivel de la conciencia en forma liberadora. Pero quizá llegáramos a más profundidad en la hondura del hombre si fuera verdad, como imagino, que la experiencia religiosa primigenia ha producido esa forma de reaccionar, similar en todas las culturas y razas, sin que los arquetipos respondan a conflictos, sino a la limitación del ser creador para captar lo inefable. ¿Por qué no pensar que los arquetipos son la configuración del ser humano producida por el encuentro en sus orígenes con el Otro al que remiten todas las religiones y experiencias de los pueblos primitivos?

La propuesta de Drewermann, sin embargo, puede ser muy útil para la comprensión de la Biblia a condición de que no sea exclusiva, porque en ese caso la Escritura se limitaría a enseñar lo mismo que las otras religiones; su mensaje prácticamente sería coincidente y entonces nos veríamos obligados a interrogarnos sobre el sentido de la revelación cristiana. Pero supuesto esto, es obvio que la revelación aun la de hechos históricos pasa por el hombre y a través de sus arquetipos llega a la conciencia. Esto es innegable. Y en este punto le asiste la razón a Drewermann. Como también la tiene en señalar la poca importancia que se ha dado al inconsciente en las actitudes o reacciones humanas. Pero es necesario determinar el valor del inconsciente en la configuración del discurso, porque en última instancia la intención del autor lógica o experimental es el principio inmediato de comprensión de su escrito.

No cabe ninguna duda de que las conclusiones de la obra que comentamos nos ayudan a determinar aquello que es común en la Biblia con las otras religiones en los aspectos que parecen configuradas por arquetipos similares, y lo exclusivo suyo,

comparando los diversos géneros literarios no históricos. El psicoanálisis ayuda a purificar los contenidos de conciencia que sin él podrían parecer como auténticas novedades, no siendo sino productos de esos arquetipos ocultos que proyectan su influjo en las zonas de la conciencia.

Pero a pesar de que el estudio de Drewermann prueba claramente la existencia de ese mundo oculto que se esconde en nosotros desde donde opera, nos movemos en una nebulosa de tal calibre que a la hora de pretender utilizarlo como instrumento de comprensión no nos sirve para mucho como puede demostrarse por los ejemplos concretos que él mismo aduce. Todo se reduce en el fondo a lo mismo: al problema de la angustia que ahoga a todo hombre y al ansia de armonía y libertad que brota de lo más hondo de él.

Por lo demás, no hay unanimidad en la interpretación de estos arquetipos que hacen que los problemas vitales de toda la humanidad, por muy distantes que los diversos pueblos se encuentren, se manifiesten literariamente de forma muy parecida.

Drewermann explica bien las similitudes, pero se detiene poco en las divergencias que son más profundas de lo que él señala. Pienso que es un tópico muy generalizado el decir que todas las religiones coinciden en lo fundamental. La misma confesión cristiana, nacida del judaísmo, se diferencia tanto de él, que Jesucristo fue condenado a muerte por pensar los dirigentes judíos que sus afirmaciones destruían la esencia de esa religión. Hay más diferencias entre las religiones de las que presupone Drewermann, quien no explica bien estos procesos de individuación. En resumen, el psicoanálisis como los métodos histórico críticos, son imprescindibles para alcanzar el núcleo de la Escritura, pero no son suficientes.